

LA OPOSICIÓN DE MONTALVO AL MUNDO DEL *AMADÍS DE GAULA*

REACCIÓN CONTRA LA CABALLERÍA BRETONA

“Si en el tiempo de mi padre, que las venturas en esta tierra demandaba, y de los otros famosos caballeros, que sobre tales causas como éstas combatían, acaeciérades, probárades vuestra ventura como la fortuna os la diera; pero dígoos, caballero y señor, que su honra ni su fama no la querría, ni Dios por tal vía me la dé”. Las palabras son de Esplandián, quien, ante un desconocido caballero, guardador de un puente, que lo reta a luchar, nos adelanta parte de sus ideas sobre la caballería. El caballero desconocido que guarda el puente no es otro que Amadís de Gaula, su padre, que así trata de probar la valentía del novel caballero Esplandián (*Esplandián*, 28, p. 434)¹. A lo largo de toda la obra el concepto de la nueva caballería al servicio de Dios y en contra de los infieles se abre paso y es precisada cada vez más por boca de Esplandián, hasta constituir, como acertadamente dice Gili Gaya², toda una crítica a la caballería tradicional, la que sólo busca el propio engrandecimiento, la caballería *per se* representada por su padre. Esplandián lúcidamente se opondrá a la caballería bretona, que no conduce sino a la personal exaltación, a la fama perecedera; y, por tanto, se opondrá a su padre. “La diferencia —dirá más tarde Esplandián— que entre él y mí habrá, será que las fuerzas que Dios me diere serán empleadas contra los malos infieles. . . , lo que mi padre no hizo” (*ibid.*, 48, p. 454), pues él siguió “con mucha afición más las cosas del mundo perecedero que las que siempre han de durar” (*ibid.*, 2, p. 405).

Para el fin que se propone seguir Esplandián es necesario el recto entendimiento del cuidado del alma: “si yo en algo a mi padre. . . pasare en bondad, que sea más por el camino de mi alma que de honrar el cuerpo”. Esplandián envía una carta a don Flo-

¹ Para el *Esplandián* citamos siempre el capítulo, y en seguida la página de la ed. de la *BAE*, t. 40.

² SAMUEL GILI GAYA, “*Las sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona”, *BBMP*, 23 (1947), 103-111.

restán, su tío, notable caballero bretón y ahora rey de Cerdeña, para que abrace la causa de la cruzada contra el turco, pues "las grandes valentías vuestras que hasta agora pasastes, fueron más en peligro de vuestra persona que en provecho de vuestra ánima" (*ibid.*, 130, p. 527)³. La caballería tradicional seguida por su padre es "mal estilo... usado y envejecido" (*ibid.*, 2, p. 406). Conviene tener en cuenta esta idea de Esplandián sobre la caballería caduca y "envejecida", pues son las mismas palabras que un joven aplica al mundo de los mayores cuando los juzga. Es una actitud rebelde, que poco a poco va aclarando los móviles que lo llevan a establecer la diferencia con respecto al mundo de su padre, pero que en estas últimas palabras aparece sólo como una reacción.

La caballería tradicional es pura vanidad, pero es también —y aquí podemos constatar la reacción de Montalvo contra el primitivo *Amadís*— imaginación desmesurada de los autores; por eso, dice el narrador, "aunque en las cosas de Amadís alguna duda con razón se podía poner", dada la continua aparición de lo extraordinario, "en las de este caballero [Esplandián] se debe tener más creencia". Montalvo se olvida de que Amadís está, quizá, más inspirado por la divinidad que el propio Esplandián —recuérdese, por ejemplo, la lucha que sostiene el de Gaula con el Endriago (*Amadís*, 3:73, pp. 792-805)⁴—, y dice que las batallas de Esplandián, aunque parezcan inverosímiles, deben creerse porque Dios ha dado el soplo divino al joven caballero: "mas los golpes que Esplandián daba no se pueden ni deben, creer, pues que persona que mortal fuese nunca tales los dio; y si alguna fe a ello dar se puede, será que como este caballero fuese de tan santa vida, y su propósito entero y enderezado tan solamente en el servicio del Redentor del mundo... pudo ser que... tal esfuerzo de corazón y fuerza corporales, que semejantes golpes dieron... que así los quiso dar a este caballero, por donde tan grandes maravillas en armas hizo todo el tiempo que las trajo" (*Esplandián*, 72, p. 472).

Ante los caballeros que, en un momento de descanso en la batalla, bordan fantasías sobre cómo habrá de derrotarse al enemigo, Esplandián exclama: "Ea, buenos señores, que éstas no son las aventuras de la Gran Bretaña, que más por vanagloria y fantasía que por otra justa causa las más dellas se tomaban" (*ibid.*, 55, p. 459). Estas "vanaglorias y fantasías" bretonas llevan a que los

³ Se expresa aquí, indirectamente, la idea —difundida entonces por las cruzadas— de la ganancia de absoluciones por los caballeros que lucharan contra los infieles. (M. A. Zaburov, *Historia de las cruzadas*, Buenos Aires, 1960, pp. 28-30).

⁴ Del *Amadís* citamos siempre la parte, en seguida el capítulo, y finalmente las páginas. La edición consultada es la de Edwin B. Place, 4 vols., Madrid, 1959-1969.

cristianos luchan unos contra otros, por lo cual es mal ejemplo lo que sucedía en la corte del rey Lisuarte, quien dio ocasión a “que los suyos unos a otros se matasen” (*ibid.*, 2, p. 406)⁵. Los jóvenes caballeros bretones deciden unirse a Esplandián, “porque ya en la Gran Bretaña todas las aventuras cesaban, como cosas que no pertenecían mucho a la salvación de sus ánimas, teniéndolas en comparación de las que Esplandián hacía por una grande y vana locura” (*ibid.*, 78, p. 479); “si en las aventuras de la Gran Bretaña en que se habían criado... grande esfuerzo tuvieron, teniéndolas ya por vanas y por locura conocida, mucho más les crecía en éstas en que esperaban ponerse” (*ibid.*, 81, p. 482).

Además, la caballería bretona es tachada de cobarde por Esplandián en su exhortación a los caballeros: “que si la ira y saña en aquella [corte de Gran Bretaña] gravemente os eran defendidas, en estas [batallas] que agora se os representan, no tan solamente no es pecado ejercitarlas, mas ante aquel muy alto Señor Dios muy gran mérito se gana” (*ibid.*, 55, p. 459).

También cuando Esplandián elogia la táctica de Talanque y los demás caballeros, sus palabras parecen criticar la estéril valentía de los guerreros bretones. En ese pasaje alaba Esplandián la inteligencia que han mostrado sus hombres al retirarse a tiempo, ahorrando muertes inútiles, ya que lo que algunos juzgarán valentía, al exponerse los caballeros a “peligros demasiados”, no es sino locura, osadía contraproducente (*ibid.*, 55, p. 459)⁶. En otra parte Esplandián reprende a sus caballeros que neciamente salen a buscar aventuras, jugándose la vida; hace ver a los jóvenes guerreros que “es mayor pérdida uno de nós que mil de los enemigos” (*ibid.*, 101, p. 503).

Los caballeros que acompañan a Esplandián, poco después, han aprendido de éste la nueva orientación que debe seguir la caballería y los defectos de la antigua actitud. Los caballeros bretones luchan entre sí para engrandecer su fama; tal cosa debe desaparecer. El rey de Dacia —nos cuenta Urganda la Desconocida— ha peleado contra el caballero cristiano Galarte; al vencerlo, le hizo jurar “que nunca tratase la caballería sino por aquel camino que ella mandaba” (*ibid.*, 108, p. 509). Por seguir aventuras al “estilo bretón”, Talanque y Maneli el Mesurado son vencidos en la Fuente Venturosa por un caballero extraño (*ibid.*, 125, p. 524).

⁵ También Lisuarte piensa que sus trabajos y problemas le vienen “por el poco conocimiento que hasta allí tuvo del servicio del verdadero Señor”, y así proyecta para un futuro “tomar... tal vida, que siendo muy diversa de la pasada, diverso galardón, alcan[ce]”, es decir que decide irse a un convento (*Esplandián*, 27, p. 433).

⁶ Ya en el *Amadís*, 4:109, p. 1089, se dice que la soberbia y poca discreción “gastan” la valentía y la fuerza del buen caballero, como sucede con el Patín.

La caballería bretona va en contra de la cristiandad, porque enfrenta a los caballeros cristianos. Don Florestán, al recibir noticias de la cruzada de Esplandián, exclama: "Bendito sea el Ser del mundo que a tal tiempo nos dejó llegar, por que en cosa tan señalada se remedien las locuras pasadas que contra su servicio hemos hecho" (*ibid.*, 133, p. 528).

Las guerras se dejan de hacer al antiguo uso de los duelos individuales para adoptar la nueva táctica guerrera de los ataques en masa: las de los caballeros bretones "casi como desafiados de unos por otros se hacían", mientras que las de los caballeros de Esplandián se hacen "a manera de guerra guerreada, a las veces entre pocos, y otras en gran número" (*ibid.*, 83, p. 484). También, aun cuando no aceptemos la visión que Gili Gaya nos da de Esplandián cuando dice que éste "forma parte del ejército del emperador y pelea a las órdenes de Frandalo"⁷, fuerza es reconocer que Frandalo tiene una gran influencia en la estrategia de la guerra contra los turcos, a tal punto que Esplandián oye y pone en práctica los consejos del gigante. Ello nos muestra la discreción de Esplandián, pero no a un Esplandián supeditado a la voluntad del otro, pues el joven caballero es independiente y sólo acepta, como antes Tirante (*Tirante el Blanco*, 1:2, 1184, *passim*), los buenos consejos de sus hombres⁸.

Esplandián se orienta a un nuevo concepto de la caballería, que después habrá de realizar, y Montalvo pone especial cuidado en decirnos que la nueva orientación se debe a la educación recibida por el joven, en tanto que no se ha insistido demasiado en la influencia de los formadores de Amadís, cuya caballería nace por inspiración, opuesta a la de Esplandián. Aquí surge una diferencia entre la predestinación de Amadís y el libre albedrío de Esplandián, susceptible de ser polarizado y enderezado a fines precisos, pues el hijo de Amadís fue "doctrinado y enseñado y corregido" por el "santo hombre" Nasciano, "tornado y sometido a la orden de las buenas costumbres y honesta crianza", ya que "ordenado el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perfición" (*Esplandián*, 6, p. 412). Esplandián es, pues, un hombre de "católica discreción". Bien puede verse que el *Esplandián* contiene no sólo una teoría sobre la educación a base de "buenas y católicas doctrinas", sino ideas fundamentales del cristianismo en la España del siglo xvi.

Siguiendo el hilo de la caballería heterodoxa, Esplandián, a diferencia de su padre, no acomete a los caballeros que encuentra al paso por la menor insinuación, antes declara que en la caballería bretona "la causa es muy pequeña para haber quistión ni ba-

⁷ GILI GAYA, art. cit., p. 108. El subrayado es nuestro.

⁸ Citamos, en la forma acostumbrada, el capítulo, la parte y la página por la ed. de Felicidad Buendía, *Libros de caballerías*, Madrid, 1960.

talla" (*ibid.*, 25, p. 431); por eso rehuye la lucha que sólo busca ganar un paso o derribar al caballero contrario, aunque ciertamente se defiende cuando es acometido (*ibid.*, 25, p. 432). La batalla que Esplandián traba con su padre se justifica por la insistente provocación de parte de Amadís.

CONTRASTE ESPLANDIÁN-AMADÍS

En efecto, en el episodio del encuentro entre Esplandián y su padre, Amadís es quien ofende al joven caballero, el cual decide desviar el encuentro: "pues el paso nos quitáis, no nos quitaréis el campo, que es harto ancho". "Mas el caballero le dijo: «En vano es vuestro trabajo, pensando hallar vado en el río, que antes os tomaría la noche»". Sin poder esquivar la batalla, Esplandián cede finalmente y va a luchar contra el caballero misterioso: "«Caballero, según lo que decís, no me puedo excusar de haber con vós batalla; pues que así es, quiero ver si vuestro estorbo me porná más embarazo que el rodel del camino»". Entonces enlazó su yelmo y echó el escudo al cuello y tomó la lanza y dijo: "«Ahora me dejad el paso, o os guardad de mí»" (*ibid.*, 28, p. 434). El duelo entre ambos termina con la victoria de Esplandián.

Ni siquiera se suaviza el contraste entre la preeminencia caballeresca de Esplandián sobre las ya minadas fuerzas del padre, y aunque se diga que el hijo será prolongación del padre, lo cierto es que, para Montalvo, nada tienen en común el uno con el otro. Ha dicho Esplandián: "que su honra [de Amadís] ni su fama no la querría, ni Dios por tal vía me la dé" (*loc. cit.*).

El caballero arquetípico es un hombre de acción, lo que equivale a decir que su superioridad no se afirma sin la derrota de otro. Es ésta una ley del movimiento caballeresco, que continuamente vemos repetirse. Contrariamente a la imagen que pudiéramos tener del caballero realizado en soledad, la dialéctica con el otro proporciona a nuestro caballero su realización. Si la existencia es considerada una lucha constante, la plenitud caballeresca habrá de alcanzarse en oposición a otro. De la misma manera que la lucha contra el señor da al guerrero el carácter de señor (cf. *Amadís*, 4:111, pp. 1112-1113); y Amadís parece encontrar su propia esencia de caballero santo en la lucha contra el demonio (*ibid.*, 3:73, pp. 792-805), Esplandián, para sustituir a Amadís, deberá luchar y vencer al padre. Aun cuando hay una multitud de hombres valientes en la corte de la Gran Bretaña, Amadís es siempre declarado "el mejor caballero de cuantos hay", título que ha ganado derrotando a todos cuantos pudieran ensombrecerle la fama con su superioridad, porque "espejo y flor de toda caballería" sólo puede serlo un caba-

llo, uno solamente. Y esta segunda regla en el juego caballeresco es la que volvemos a descubrir en Esplandián quien, para obtener los mismos títulos, deberá arrebatarlos al padre, poseedor hasta ahora de ellos; no se puede explicar el encumbramiento y plenitud caballeresca de Esplandián si existe otro caballero que todavía, junto a los títulos del mejor caballero, guarda su carácter invencible.

La escena del duelo entre Amadís y Esplandián superficialmente parece movida por circunstancias ajenas a la propia voluntad del caballero, pero no es sino el planteamiento, por fin, de un problema que se estaba retardando y que Esplandián debía resolver tarde o temprano. A la luz de estas ideas aparecen acertados los juicios de María Rosa Lida sobre el desenlace del primitivo *Amadís*, que debió pertenecer al texto anterior a Montalvo⁹. Ya en el *Amadís* el tópico del duelo entre individuos de la misma familia había sido utilizado, por ejemplo, en la batalla que sostienen los dos hermanos Galaor y Florestán (*ibid.*, 1:41, pp. 324-329), y el mismo recurso se emplea en el *Esplandián*. Vemos, pues, que el tema de la lucha entre el padre e hijo tiene una importancia fundamental. Es un tópico que refleja una ley invariable en el caballero.

¿Cuáles fueron entonces las razones de Montalvo para trasladar tan importante pasaje del primitivo texto del *Amadís* a su libro *Las sergas de Esplandián*? ¿Sólo buscaba Montalvo retardar el desenlace —ya conocido seguramente “de oídas” por el público— del tercero al quinto libro? Puede ser, pero más presumible es que el episodio indique una curiosa identificación del autor medinense con el contenido del pasaje¹⁰: el hecho de trasladar la escena del *Amadís* al *Esplandián* nos muestra a Montalvo interesado grandemente por ella para destacar y reforzar ciertas ideas suyas que de otra manera quizá no fueran tan claras. El autor intuiría que la escena del duelo entre ambos caballeros le serviría para establecer definitivamente el rompimiento entre el mundo caballeresco de Amadís y el de la nueva caballería representada por Esplandián. Estas ideas contra la caballería ortodoxa, que sólo se insinúan en el *Amadís*, aparecen, como hemos visto, claramente expuestas en el *Esplandián*. Lo que resultaría un “desenlace” en el primero, en el segundo serviría de piedra angular de la acción y elemento importantísimo en la orientación del personaje.

⁹ MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, “El desenlace del *Amadís* primitivo”, en sus *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, 1966, pp. 134-148.

¹⁰ Queda sin resolverse también la razón por la cual Montalvo ha cambiado la escena original, con su desenlace funesto, por la de la derrota de Amadís.

CENSURA DE LOS PERSONAJES DEL "AMADÍS"

Claramente nos damos cuenta de la preferencia del autor por la nueva caballería, por Esplandián y por la juventud en general, pero cuánto más dolorosamente nos enteramos del menosprecio de Montalvo por la figura de Amadís y por todo lo que este personaje significa. Como Amadís es el símbolo de la caballería bretona, hacia él estarán encaminadas las censuras, el menosprecio en el cual el autor parece complacerse. Paso a paso nos son descritos los impedimentos y defectos de Amadís, agrandados por la óptica del medinense que castiga al personaje mostrándonoslo en decadencia.

En principio, Montalvo ha resuelto no decir nada de la vida matrimonial de Amadís y Oriana, explicando que "comoquiera que hasta aquí como de enamorados se hacía dellos mención, ahora ya como casados se deben poner *en olvido*"¹¹. Al comparar, veladamente, a Galaor —quien, "considerando que *la honra no tiene cabo*", prosigue sus aventuras a pesar del matrimonio— con Amadís, Montalvo muestra su preferencia por el caballero que lo abandona todo para seguir las caballerías (*Amadís*, 4:130, p. 1303). Hay que recordar que una de las características del buen caballero es su incansable deseo de seguir aventuras, su esforzado corazón que lo convierte en enemigo de todo descanso y todo ocio, como frecuentemente lo había demostrado el mismo Amadís (*ibid.*, 3:68, p. 723, *passim*)¹². De ahí que el matrimonio de Amadís aparezca en la novela como una disminución de la voluntad lúdica del personaje, como una señal de decadencia caballeresca. Hay varios pasajes que pueden mostrarnos la idea de Montalvo sobre el agotamiento del espíritu aventurero, causado por el matrimonio de Amadís: a) Amadís permanece en palacio cuando los demás caballeros marchan a aventuras; esto ocasiona tristeza en el de Gaula, pues ve que "en aquella vida se podría oscurecer y menoscabar su fama" (*ibid.*, 4:127, p. 1244); b) Amadís se somete de tal manera a Oriana, que teme disgustarla siguiendo caballerías, por lo que marcha a una de ellas a escondidas de la dama (*ibid.*, 4:127, pp. 1246-1247); c) Amadís siente miedo ante el gigante Balán (*ibid.*, 4:127, p. 1251) y no puede vencer, al fin de cuentas, a su enemigo Arcalaus (*ibid.*, 4:117, p. 1171; 4:130, pp. 1307-1309); pero Esplandián lo hará (*Esplandián*, 7, p. 414; 11, p. 417); d) Amadís tendrá que renunciar a ob-

¹¹ *Amadís*, 4:130, p. 1306. El subrayado es nuestro. Repetimos aquí lo dicho en nuestra tesis inédita *Metamorfosis del Caballero* (México, 1967).

¹² Ejemplos del rechazo de la ociosidad en otros libros: *Libro del caballero Cifar* (en *Libros de caballerías*, ed. cit.), 122, p. 167; *Tirante*, 3:35, p. 1295; *Palmerín de Inglaterra* (NBAE, t. 11), 1:54, p. 95, *passim*.

tener la espada encantada entre dos puertas, empresa que terminará con éxito Esplandián (*Amadís*, 4:130, p. 1293).

En el *Esplandián* se agudizan los tintes negativos de Amadís, y así vemos que el de Gaula "no curaba ya... de seguir más sus aventuras, ni de que sus caballeros lo siguieran; antes todo su cuidado empleaba en tener paz y sosiego en sus reinos" (*Esplandián*, 68, p. 470). Esplandián censura acremente a su padre, dirigiéndole una carta en que le pide que se una a él en su lucha contra el turco: "[Ya que habéis pasado vuestros días] gastando vuestro tiempo, empleando vuestras fuerzas muchas veces en grandes peligros, en la vana gloria deste mundo, de que perdón os conviene pedir, con esto que al presente nos ocurre [la lucha contra los infieles], queriendo vos, gran rey, seguir la verdadera razón, todas ellas [las deudas] serán pagadas" (*ibid.*, 133, p. 528).

El rechazo de Montalvo por la figura de Amadís y el mundo que el personaje representa aparece aún más claramente después. Montalvo —que de autor ha pasado a ser personaje— nos cuenta sus aventuras en tierras ignotas, a las que lo lleva Urganda la Desconocida. El pasaje adelanta algunos episodios aprovechados después por Cervantes¹³: Montalvo, andando de cacería, al perseguir a la presa cae en un pozo profundísimo y es arrastrado por un torbellino. En el fondo del pozo aparece Urganda la Desconocida, quien lo lleva a la famosa Ínsula Firme; allí la maga muestra a Montalvo a Amadís y Oriana, Esplandián y Leonerina, Florestán, Galaor y Briolanja con otras grandes figuras de la corte de la Gran Bretaña. Todos ellos están encantados. Viendo la discreción de Montalvo, que continuamente hace preguntas y comenta la belleza y valentía de los personajes allí presentes, Urganda pregunta al medinense cuál de todos los caballeros le parece "por razón de armas ser más valiente", a lo cual Montalvo responde que "al que más afición se acuerda, y ternía por más valiente... es éste don Florestán... dejando por poner en la cuenta a Esplandián... Cierto es que ninguno dellos [los demás caballeros] ni todos juntos no podrían ser sus iguales" (*ibid.*, 99, p. 499-500).

Y no sólo Amadís es menospreciado en esta elección, sino también Oriana. Ya los que fueron personajes centrales se han sumado al común de los demás personajes; son ahora meras figuras de fondo, y su anterior grandeza es puesta en duda. En el *Amadís*, Montalvo había mostrado indirectamente su censura a Oriana, con respecto a la boda y a la vida matrimonial, que obligaban a Amadís a permanecer en palacio, pero ahora la reacción es más violenta: Oriana no es tan bella, y si ha ganado el título de la más bella, ha

¹³ MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, "Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y el *Persiles*", *RPh*, 9 (1955-56), 156-162.

sido por artimañas de Amadís. En el mismo pasaje de la Ínsula Firme, en la galería de personajes encantados, de pronto, viendo la extraordinaria belleza de Briolanja, Montalvo se extraña de que, con toda la hermosura de ésta, no haya podido terminar la aventura de la Cámara Defendida, que dejaba el paso sólo a la doncella más hermosa. Urganda explica entonces que las cosas no pasaron como han sido contadas, sino que Amadís, temiendo que la belleza de su señora Oriana quedara empañada si con ella competía Briolanja —que seguramente habría de ganar—, hizo engaño a ésta, primero no permitiendo que ella probase la cámara, y después, en el momento de la boda, cuando todas las doncellas trataron de pasar a la cámara a probar su belleza, haciendo entrar primero a Oriana. Ésta, como se sabe, ganó la prueba, pasando airoso por la puerta de la cámara¹⁴, de manera que las demás doncellas desistieron de seguir la prueba. “Así que [Briolanja]... hubo perdido, no a su culpa, mas a la ajena, aquel galardón, aquella victoria que su belleza y lozanía le otorgaba”. Y Montalvo comenta: “ciertamente, mi buena señora [Urganda], comoquiera que desta hermosa señora le fuese robada esta tan famosa gloria que alcanzar pudiera, no pierde por eso de ser una estrella muy reluciente en hermosura entre las que en su tiempo fueron” (*ibid.*, 99, pp. 499-500).

Por último, Montalvo nos presenta a un Amadís que ha aceptado la crítica de su hijo y que para remediar “la vana gloria” bretona se acoge a la cruzada de Esplandián¹⁵, luchando y venciendo a... una amazona con un pedazo de lanza (*ibid.*, 166, pp. 547-548). Amadís, en una carta enviada a don Galaor, reconoce la superioridad de miras de su hijo; lamentable episodio en el que escribe que, como los años pretéritos son “tiempos pasados en liviandades, en que por... seguir muchas veces [las caballerías al uso tradicional], al punto de la muerte fuimos llegados, y comoquiera que los cuerpos en esta vida quedasen y las ánimas sin haber hecho dellas enmienda condenadas están, es razón que, volviéndonos a la *verdadera razón*, con todo cuidado reparemos aquello que casi como en olvido tenemos... Aquí [en la cruzada contra el infiel] serán bien empleados los nuestros muy duros y fuertes golpes, aquí será ejercitado aquel grande esfuerzo de nuestro bravo corazón, aquí serán puestos en aquella gloria y alteza que merecen” (*Esplandián*, 138, p. 530).

¹⁴ Cf. JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE, “El arco de los Leales Amadores en el *Amadís*”, *NRFH*, 6 (1952), 149-156.

¹⁵ Recordemos que en el *Amadís*, 4:107, pp. 1078 ss., también Perión, padre de Amadís, acude en ayuda de su hijo, por lo cual parece más servidor de la causa de Amadís que figura de verdadera autoridad.

REBELDÍA CABALLERESCA

Así, la figura de Amadís sirve, en su arrepentimiento, a la exaltación de Esplandián, pero también Amadís es la oposición a la juventud, a la imagen del verdadero caballero. Esplandián encarna el brío y la rebeldía del caballero, como anteriormente lo había hecho Amadís. Hay otro aspecto del *Amadís* que el medinense parece criticar, mostrándonos a Esplandián apartado de la conducta seguida por su padre. Es la relación del caballero con el rey. Una de las normas del código caballeresco era la sujeción y el respeto incondicional del caballero al rey: "los nobles están más obligados para con el príncipe que los demás hombres", dice Raimundo Lulio¹⁶. Y añade que "es oficio de caballero *mantener y defender a su señor terrenal*"¹⁷, con lo que se expresa una idea del vínculo de los caballeros con el estamento señorial. Lulio recogería tal idea de la realidad social, pues él no escribe esas observaciones refiriéndose al caballero utópico de las novelas, sino al que formaba una clase social entre la nobleza. Sin embargo, la vinculación del caballero con los señores caracterizó la figura caballeresca en general, al punto de citarse también como regla en los libros de caballerías. "Temed a Dios, porque le debéis de temer, y obedeced al rey, porque le debéis obedecer" se dice en el *Cifar* (131, p. 175), basándose la norma en incuestionables verdades. Por eso el caballero *Cifar* tiene que callar y aceptar ser desplazado del favor regio, marchándose del reino (*Cifar*, 11, pp. 67-68). A Amadís, cuando le ocurre otro tanto, tampoco le está permitido rebelarse en el momento de su exilio, motivado por envidiosos que lo ponen mal ante Lisuarte (*Amadís*, 2:63, pp. 553-555), y sólo cuando se han acumulado otros motivos, además del anterior, reúne a sus hombres para luchar contra Lisuarte, como última solución.

El *Poema del Cid*, como el *Cifar* después, si bien no opuso en lucha al caballero y al señor, destacó la discreción y la bondad caballeresca, opuestas al rey, servidor de las fuerzas del mal¹⁸. Había ya una velada censura al monarca, que se deja influir por los malos consejeros, y una exaltación de la grandeza del caballero, que no tiene buen señor. Andando el tiempo, la oposición va a hacerse más radical, y va a llegarse al punto de legitimar la rebeldía del caballero frente al rey, como ocurriría con el primitivo *Amadís*.

¹⁶ RAIMUNDO LULIO, *Príncipes y juglares*, cap. 3, a continuación del *Libro del orden de caballería*, Buenos Aires, 1949 (col. Austral, 889), p. 139.

¹⁷ *Libro del orden de caballería*, parte segunda, ed. cit., p. 32.

¹⁸ Cf. LEO SPITZER, "Sobre el carácter histórico del *Cantar de mio Cid*", *NRFH*, 2 (1948), pp. 105-117.

La figura del caballero obediente a la voluntad regia, que encontramos en la épica en el *Poema del Cid*, en años posteriores estará constituida con atributos de rebeldía¹⁹, como la veremos ya en las tradiciones del Cid en que el héroe obliga al rey Alfonso a jurar no haber tenido parte en el asesinato de su hermano. Prueba de ello son también los romances en que Rodrigo dice cosas como ésta:

por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado...

Comenzaba a ponerse en entredicho el lugar común de la obediencia caballeresca, formándose así el tópico inverso: el del caballero rebelde al rey injusto. La exaltación de la figura del caballero que se propuso la literatura caballeresca posterior a la épica llegó a romper el equilibrio anterior entre la figura del rey y la del guerrero. Tal equilibrio se había conservado en la épica, pero la Baja Edad Media dio lugar a una absoluta preeminencia del caballero sobre los demás seres humanos, pues ya no se trataba de un personaje social sino de una figura mítica. Si el caballero había sido antes un ejemplo del comportamiento al que debía aspirar el guerrero, ahora —en el *Amadís*, en los romances— la imagen caballeresca era una figura de caracteres tan absolutos, que rebasaba la ética del código caballeresco y abrazaba más bien las aspiraciones inalcanzables del ideal. Para los autores de libros de caballerías tal categoría significó sacrificar la figura real, contraponiéndola a la del caballero virtuoso. En el *Cifar*, el rey, arrepentido de su mal proceder con el caballero, estaba “deshonrado y perdido y con gran vergüenza, no se atreviendo a enviar por el Caballero Cifar” (*Cifar*, 2, p. 54). El rey es ya una figura de fondo, un elemento del contorno de la absoluta excelencia caballeresca. Amadís ha tenido que ganar supremacía luchando contra el rey Lisuarte; Esplandián, a su vez, se la habrá de quitar a Amadís.

La disminución en la jerarquía de las excelencias morales de la figura del rey es la causa, también, de que el caballero realice sus hazañas con independencia de la voluntad del monarca. Sus andanzas no son encomendadas por el rey, sino elegidas libremente por el caballero, aunque las aventuras sean puestas al servicio regio. Esta libre voluntad tiene, sin embargo, una realización en un perímetro dentro del estamento real, pues no se puede pensar en un caballero sin señor. Amadís regresa siempre, salvo cuando él mismo se ha convertido en señor, a la Gran Bretaña. Cifar, como

¹⁹ Por eso cabría hablar del caballero como representante de la política levantisca de los barones.

le falle su primer señor, anda de aventura en aventura, sirviendo a distintos reyes, hasta que gana el título de rey de Mentón. Hay una voluntad independiente en el caballero, un libre albedrío para elegir las aventuras, aunque el caballero, mientras no gane el título de señor, conserva una relativa vinculación al rey. Que este vínculo, en los libros de caballerías, era más una referencia que un lazo real lo vemos en el hecho de que Agrajes no sólo lucha contra Lisuarte, sino que le echa en cara su poca discreción, lanzándose iracundo contra él²⁰.

Retomando los temas anteriormente expuestos, encontraremos, quizá, una línea directriz en las ideas de Montalvo. El medinense no sólo muestra su reacción contra el mundo de la caballería bretona, sino que también se ensaña con Amadís, poniendo en evidencia sus defectos y su ocaso. Desde el libro cuarto del *Amadís* comienza a censurarlo, ya mostrándonoslo en aventuras que no puede terminar, ya criticando la vida matrimonial del caballero, que significa un límite a su carrera. Montalvo se inclina por un caballero que, como Galaor, no obstante haber contraído matrimonio, prosigue las caballerías. Agrajes, aun cuando sirva esencialmente como figura de contraste, se lleva también parte de la preferencia de Montalvo. Su carácter resuelto y levantisco habrá de adelantarnos esa soberbia con que Esplandián juzga el mundo de sus antecesores.

REACCIÓN CONTRA EL ARGUMENTO DEL "AMADÍS"

Aun cuando no sabemos si la declaración de guerra entre Lisuarte y Amadís pertenece al original o fue añadida por Montalvo, parece presumible que estuviera ya en el texto primitivo, porque el distanciamiento entre el de Gaula y el rey había quedado suspendido desde el libro segundo, acumulándose motivos para la ruptura final al avanzar la novela, lo que abría las posibilidades para una resolución violenta. El hecho de la oposición entre el rey y el caballero debe de habersele presentado a Montalvo de una manera nueva; él vería en la querella un motivo más de censura para el mundo bretón. Y bien que en el *Esplandián* aparecen frecuentes críticas a las guerras entre cristianos, que Montalvo tacha de insensatas. No es difícil que el medinense las censurara y se refiriera muy precisamente a la querella entre Amadís y el rey, pues ya hemos visto cuánto abunda en críticas a las reyertas entre los mismos cristianos para destacar que Esplandián sigue otro camino muy distinto. De la guerra entre Amadís y Lisuarte probablemente serían culpables ambos contendientes, pues Lisuarte dio "ocasión que los

²⁰ Cf. MARCEL BATAILLON, "Agrajes sin obras", *StU*, I (1962), 29-35 (artículo que no hemos podido consultar).

suyos unos a otros se matasen" (*Esplandián*, 2, p. 406) y Amadís reconoce haber pasado el tiempo en vanas guerras, "en que por las seguir muchas veces al punto de la muerte fuimos llegados" (*ibid.*, 138, p. 530).

Esplandián es un paladín que encarna las virtudes del buen caballero, de aquel que, sin perder la libre elección de sus fines, pone sus obras al servicio del emperador. Alejado sabiamente de la égida del señor, Esplandián es, sin embargo un buen servidor de su causa. No hay malentendidos ni malos informes de por medio que operen un distanciamiento entre señor y caballero. Así como en el *Tirante*, en el *Esplandián* habría una censura a las querellas entre monarca y caballero, al romper las novelas, de pronto, con un lugar común establecido y presentar a señor y guerrero en concordia y paz. Si, como pensamos, el *Amadís* primitivo contenía ya la declaración de guerra entre el rey Lisuarte y el caballero Amadís, la censura del *Esplandián* debe entenderse dirigida a esa parte del argumento.

Pero el caballero Esplandián no sólo se opone a la caballería bretona y a la imagen del caballero rebelde al rey, sino, como veremos a continuación, a la forma en que presentaba el amor el primitivo *Amadís*. Si el caballero Amadís había luchado por rescatar a Oriana, quedaría la imagen de un caballero que, como en el *roman courtois*, es movido por el amor²¹. Esplandián no presen-

²¹ Cf. LAFITTE-HOUSSAT, *Trovadores y cortes de amor*, Buenos Aires, 1966, p. 25.—Sin embargo, a Amadís tampoco lo mueve el amor, pues además de que nos es presentado con una visión cuyo principal objetivo es derrotar al mal, encarnando a un caballero santo (cf. *Amadís*, 3: 73, pp. 727-738), en lo que respecta a la liberación de Oriana no es el amor su principal motivo. Muchos elementos han venido sumándose poco a poco a la guerra de Amadís contra Lisuarte, legitimando la intervención del caballero. El rey Lisuarte, por principio de cuentas, ha reñido injustamente con Amadís, obligándolo a despedirse, junto con sus compañeros, de la Gran Bretaña. Hay, pues, un problema de "honra" al principio. A esto se agrega que el rey ha procedido egoístamente al no querer restituir la isla de Mongaza a la doncella Madasima, lo que arroja otro dato más, que es el de la defensa de las doncellas desvalidas por el caballero; cuando Lisuarte deshereda a Oriana, queriéndola casar con el Patín, el tema de Oriana viene a reforzar el anterior de la defensa de las doncellas en desgracia. A la vez que la personalidad de Lisuarte va haciéndose más malvada a nuestros ojos, el tema del amor de Oriana y Amadís como motivo generador de la guerra va teniendo menos fuerza. Ante tantos móviles, ante tal reunión de afrentas por vengar en un solo hecho, la causa del amor que mueve al caballero a luchar por su dama se ve disminuida en importancia, de tal manera que cuando llega el momento del matrimonio por el cual el caballero se ve privado de su vida guerrera y andante, se vuelve cierta la impresión que teníamos de que el caballero no está movido sino parcialmente por el amor. Como si Amadís tuviera una personalidad pública—su vida andante— a la que hace estorbo el amor, una gran empresa religiosa que rechaza por completo el amor, y, por último, una vida cortesana

tará ambigüedad alguna en esta cuestión, ya que claramente lo vemos anteponer a su deber de amante su misión de guerrero al servicio de la cristiandad. Muestra de ello es la "tardanza" de Esplandián en presentarse ante Leonorina, lo cual acarrea problemas entre los amantes, pues Leonorina piensa que Esplandián le tiene poco amor. El conde Frandalo habla a Leonorina de Esplandián, diciéndole cómo el caballero ha quedado socorriendo el imperio de Constantinopla, pues "aquel caballero [Esplandián]... no merece ser sino *de Dios y vuestro*²²... y si no fuera por esta gran nueva [del ataque turco], que todo lo otro le ha hecho poner en olvido, acá, señora, supiérades lo que hiciera... , mas, como digo, esto [de los turcos] es tan grande, que no ha de entender en otra cosa alguna sino en lo reparar". Es posible que la imagen de Amadís pareciera a los ojos de Montalvo como movida por la fuerza del amor; para Esplandián, sin embargo, el amor es algo de segunda importancia, pues primero está su obligación de caballero cruzado y después todo lo demás²³.

EL MATRIMONIO SECRETO

Pero si Montalvo critica la concepción del amor que se ofrecía en el *Amadís* primitivo, en el *Esplandián* su crítica se dirige a otros aspectos, en particular a los del amor furtivo. Conviene hacer una revisión del tema del amor furtivo en esta obra. Es uno de los aspectos más interesantes de los libros de caballerías españoles; se convirtió en tópico en casi todos ellos, y el *Amadís* fue, probablemente, el que lo popularizó (cf. *Amadís*, 1:35, pp. 284-286). En el

a la que es esencial el amor. Por eso no aceptamos la visión sumaria que nos da JUSTINA RUIZ DE CONDE, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, 1948, p. 186, *passim*, sobre Amadís, "hombre interior que tiene por sino el sentimiento, por ambiente la belleza y por ideal la perfección amorosa".

²² Nótese el orden de los intereses de Esplandián: Dios primero y después Leonorina (*Esplandián*, 127, p. 526). El subrayado es nuestro.

²³ La importancia secundaria que Montalvo da al amor se puede relacionar con otros datos que ya hemos mencionado antes, como el del matrimonio de Amadís y sus tribulaciones matrimoniales, que impiden la actividad caballeresca. También hay que referir aquí el pasaje visto anteriormente en el que Montalvo, en la *Ínsula Firme*, prefiere a Briolanja sobre Oriana y las demás damas. ¿Reacción de Montalvo ante Oriana solamente? Parece que el hecho va más allá, pues refleja un sentimiento de misoginia. Recordemos que también en Leonorina se proyecta tal sentimiento del autor, bien que más levemente, pues ella, sin mirar la empresa perseguida por su caballero, se enoja con él y continuamente se queja de su ausencia, tratando, por medio de mensajeros, de atraerlo hacia ella (cf. *Esplandián*, 75, p. 476; 104, p. 506, *passim*).

Esplandián, sin embargo, hay una variación respecto del amor como se presenta en el *Amadís*.

Ya hemos visto cómo Esplandián antepone su misión de cruzado a otros intereses; a diferencia de Amadís, que en determinado momento parece movido por el amor, la voluntad de Esplandián es incommovible: él no ha puesto sus fuerzas al servicio de las doncellas, ni Montalvo lo ha colocado en tal trance. Su carrera caballeresca sigue otro camino de su conducta de amante, y aunque Leonorina ha estado a punto de motivar que Esplandián cruce las dos líneas —la del caballero y la del amator—, tratando de atraerlo hacia sí, Esplandián conserva bien diferenciados los dos aspectos²⁴.

Pero el *Esplandián* también reacciona contra las uniones secretas del *Amadís*; los protagonistas, de pronto, contra todo lo establecido, no realizan el matrimonio “a iuras”, ni llegan a la unión carnal antes de la boda. Como para dejar claro que aquí las tribulaciones del amor no se mantienen en secreto, Esplandián, al saber que Carmela trae una embajada de Leonorina para él, hace que la trasmita en presencia del rey de Dacia, pues “yo tengo por mi corazón propio a este rey... , delante dél me decid todo” (*ibid.*, 60, pp. 463-464).

Carmela, más tarde, urde una estratagema por medio de la cual Esplandián entrará en la cámara de Leonorina encerrado en una reliquia mortuoria. Pero los amantes pasan el tiempo en discursos cortesés, viéndose largamente y hablando ante la reina Menoresa, que no se ha apartado de la escena. Llegada la noche, Esplandián tiene que volver a su escondite, y los amantes, “con poco cuidado de su... deleite”, se despiden sin haber pensado siquiera en la oportunidad de llegar al ayuntamiento sexual (*ibid.*, 94-95, pp. 491-492).

Con razón Alonso Proaza, corrector de la impresión del *Esplandián* (*ibid.*, p. 561), dice que en el libro encontrará el lector “los más generosos y castos amores / que nunca en el mundo se hallan haber”.

LAS IDEAS POLÍTICAS DE MONTALVO

A lo largo de nuestro estudio hemos visto el desarrollo de las ideas de Montalvo con respecto de la caballería bretona. Por este tema nos hemos dado cuenta de que la reacción del medinense se dirige también contra los personajes de Amadís, Oriana y Lisuarte. Montalvo censura asimismo el argumento del *Amadís* anterior, ta-

²⁴ Esplandián sólo se ha ausentado un día para estar con Leonorina, y se vuelve luego a su deber de guerrero (*Esplandián*, 96, pp. 493-494).

chándolo de irreal y oponiéndose a las guerras entre cristianos y, en particular, la de Amadís y Lisuarte. Montalvo ha reprobado también el amor cortés que se mostraba en el texto anterior del *Amadís* y los matrimonios realizados en secreto, al presentar a su personaje Esplandián no sujeto a la amada y al no dejarlo realizar la unión secreta con Leonorina. Todo ello nos muestra las serias objeciones que Montalvo pone al *Amadís*²⁵. Al rebelarse contra el envejecido mundo de su padre, Esplandián nos da la medida de las ideas de Montalvo sobre la caballería tradicional. Si bien el tema de la lucha entre el caballero y su predecesor —la lucha de generaciones— aparece en el texto anterior a Montalvo, el medinense llevó el tema más allá, reforzando la inquina de Esplandián contra su padre y el mundo bretón. Siendo como era Montalvo un hombre polemista, no conforme con los cambios, enmiendas y traslados hechos por él en el *Amadís*, intenta una obra que muestre en su protagonista los caracteres del caballero que el autor considera ideal.

La posición de Esplandián —y, claro, de Montalvo— posee una fundamentación y una óptica particular que lleva al personaje a la rebeldía, pues considera que la caballería de Amadís y su mundo de ideas resultan a todas luces inoperantes. Montalvo, basándose en las ideas religiosas de los tiempos anteriores al Concilio de Trento, y apoyándose en “razonamientos de muy buenas y católicas doctrinas” (*Esplandián*, 2, p. 406), logra una obra de tesis.

Hay un acontecimiento real —la Reconquista llevada a cabo por los Reyes Católicos— que aparece a sus ojos como el ejemplo que debieran seguir todos los monarcas cristianos para terminar con la amenaza turca que retenía todavía los santos lugares y amenazaba a Europa. Como dice Urganda: “Si a mí dado me fuese lugar para los ver y servir [a los Reyes Católicos], además de les decir algunas cosas que no saben, aconsejarles-hía que en ninguna manera cansasen ni dejasen esta santa guerra que contra los infieles tienen comenzada; pues que con ella sus vasallos serían contentos de los servir con las personas y haciendas, y el Señor [sería contento] de les ayudar a favorecer, como hasta aquí lo ha hecho, y en el cabo hacerles poseedores de aquella grande gloria que para los semejantes tiene guardada”. Al referirse a la corte de la Gran Bretaña vuelve Urganda a insistir en la idea de cruzada. Los reyes cristianos unidos con los valientes caballeros podrían ganar el Imperio de Constantinopla, no como aquellos reyes de la Gran Bretaña que “nunca quisieron volver la cabeza para lo remediar [el problema turco], antes con mucha codicia, con mucha soberbia, no

²⁵ Debe recordarse también que Montalvo ha rechazado el desenlace de un pasaje del libro I, el de Briolanja enamorada, con el posible adulterio de Amadís (cf. *Amadís*, pp. 921-924).

piensan ni trabajan sino en aquellas cosas más conformes a sus dañados apetitos" (*Esplandián*, 99, pp. 500-501).

Urganda, que ha ordenado a Montalvo interrumpir la escritura de las aventuras de Esplandián, lo insta muy pronto a proseguir la obra. Las ideas de cruzada, expresadas antes por ella, son retomadas por Montalvo, y expuestas ahora con más prolijidad y más gráficamente. Montalvo exhorta a los reyes cristianos a marchar a Oriente, donde los habitantes cristianos pasan "amarga desventura... , pues... a aquel gran señorío de Persia son vecinos, siendo sojuzgados o captivos, muertos, robados de aquellos infieles, haciéndoles renegar de la fe católica, haciéndoles adorar aquella burla y falsa ley, forzándoles las mujeres y las hijas, y aun los hijos... , con otras muchas feas traiciones y maldades... y ¡que aquellos reyes, aquellos príncipes y grandes señores que la cristiandad señorean y mandan, no tomen cuidado de tal desventura, ni se les acuerde de emplear sus tesoros, sus muchas campañas de gentes en tal remedio; antes olvidando aquello a que tan obligados son, no piensen ni se desvelen sino en señorearse sobre aquellos reyes... que menos que ellos pueden... , robando, quemando y destruyendo lo de sus prójimos, que como para sí el bien les habían de desear... ! Por cierto con mucha razón a los nuestros muy católicos rey y reina desta cuenta podemos sacar; porque no solamente... pusieron remedio en estos reinos de Castilla y León... , en disposición de se levantar en ellos muchos reyes... , mas... echaron del otro cabo de los mares aquellos infieles que tantos años el reino de Granada tuvieron. Y no contentos con esto, limpiaron de aquella sucia lepra, de aquella malvada herejía que en sus reinos sembrada por muchos años estaba, así de los visibles como de los invisibles, con otras muchas obras católicas que por ellos son hechas y ordenadas"²⁶.

¿Podemos afirmar que, así como Urganda ha transmitido a Montalvo el elogio a los Reyes Católicos, ordenándole proseguir la novela, en la realidad habría de ocurrir que la obra fuera encomendada a Montalvo con la intención de destacar la cruzada de Fernando e Isabel? No podemos asegurarlo, pero es una hipótesis probable. Por lo pronto es bien clara la intención de alabar la política de los Reyes Católicos. Hay que hacer notar también que cuando Urganda ha comenzado a loar las figuras regias, Montalvo interrumpe la narración para intercalar una "exclamación del autor" en la que él mismo es quien habla. ¿Habría querido agradar a los reyes para ganar algún favor de ellos? Esto puede aceptarse también, y con mayor seguridad, lo cual no obsta para que las ideas de Montalvo hayan sido las mismas ante la caballería tradicional y ante el *Amadís*. Más que en ningún otro autor del tiempo de los Reyes Cató-

²⁶ Alusión clara a la expulsión de los judíos ("Exclamación del autor", *Esplandián*, pp. 505-506).

licos, es precisa y clara la intención que persigue con su obra Montalvo. Por destacar la intención política, ha sacrificado la amenidad y la ligereza de la novela. Por hacer ciertas ideas religiosas más evidentes, ha inhibido la vitalidad de los personajes. Por mostrar la moralidad, ha descuidado el encanto del enredo, perceptible en novelas anteriores. Por último, para congraciarse con los Reyes Católicos, ha debido reforzar el elogio de la política regia, convirtiendo la obra en algo muy cercano a un panfleto político.

Pero, aun en esta atmósfera, grave por el exceso de intención y de ideas, algo había de amor por la mítica figura del caballero; en su modernidad, algo nos muestra de veneración por esa amada figura. Con ojos críticos, lúcidos, Esplandián ataca y vence al mundo de su padre, pero llora también ante la efigie de Amadís luchando contra el Endriago. Por algo la novela termina con la inhibición del movimiento caballeresco, ahora por obra de encantamiento, al viejo estilo bretón: Urganda, viendo que la muerte puede acabar con los personajes —ya han muerto Lisuarte y Perión— decide dejarlos encantados en la Ínsula Firme: "Estando Urganda en su Ínsula no-hallada, supo por sus artes cómo la muerte se allegaba a todos los más principales de aquellos reyes que ella tanto amaba, y habiendo piedad que tan preciosas carnes como las dellos y dellas la tierra las gozase y consumiese", acordó llamar a la Ínsula Firme a Amadís, Esplandián, Galaor, Florestán, Agrajes y Grasandor, con sus respectivas parejas, y dejarlos hechizados, para que así conservaran siempre "aquella perfición de hermosura... , aquella floreciente y fresca edad".

¿No es esto una parábola de lo que Montalvo ha hecho con los personajes del *Amadís*? El caballero, piensa el autor, habrá de cambiar adaptándose a una nueva táctica militar y a una nueva visión de sus fines, para no morir. Sólo que en ese cambio, paradójicamente, habrá también, como en el encantamiento hecho por Urganda, una muerte más tremenda, que es la inhibición de la aventura caballeresca.

Urganda, por medio de la magia, arranca del suelo el alcázar en que permanecen encantados los personajes, "poniéndolo alto en el aire, y luego fue hecha una muy grande abertura en la tierra, y por ella lo hizo sumir hasta el abismo, donde todos aquellos príncipes quedaron encantados" (*Esplandián*, 183, pp. 558-560). El caballero, ahora, está muerto y enterrado. Cervantes, dentro de poco, habrá de honrarlo con las exequias y los homenajes, al mostrarnos lo imposible de una vida caballeresca.

JOSÉ AMEZCUA

El Colegio de México.